

Neoliberalismo y globalización en Chile	Título
Cademartori, Jose - Autor/a;	Autor(es)
La Globalización Económico Financiera. Su impacto en América Latina	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2002	Fecha
	Colección
neoliberalismo; Globalizacion; Chile;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20101004011257/24.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Neoliberalismo y globalización en Chile

José Cademártori*

Gracias a que hoy podemos contar con uno de los aspectos positivos de la globalización, el correo electrónico, tuvimos la oportunidad de compartir con nuestros amigos argentinos la idea de dar paso en nuestro continente y en nuestros países a ATTAC, este movimiento tan interesante que ha surgido primero en Francia hace tan poco tiempo y que ha tenido una expansión geométrica en ese país, en otros de Europa y ahora en América del Sur.

¿Por qué en Chile nos hemos adherido entusiastamente un grupo de economistas y de dirigentes sociales a este movimiento? Tenemos el triste privilegio de haber sido los primeros que sufrimos el experimento neoliberal. En 1975, cuando la dictadura estaba instalada firmemente después de haber nivelado el campo de juego, después de los asesinatos en masa, desapariciones, represiones de todo tipo, estaba en condiciones de experimentar este nuevo modelo económico. Estaba todo preparado. La Escuela de Chicago durante muchos años había venido preparando economistas, especialmente a través de un convenio que se firmó en los '50 con la Universidad Católica, mientras que en la Universidad de Chile todavía prevalecían criterios de la formación de los economistas en un ámbito mucho más amplio, culturalmente hablando, valorando todas las corrientes que nos permitían, nos siguen permitiendo, tener una visión más humana de esta ciencia que es la economía.

* Economista e investigador. Presidente del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL), Santiago de Chile.

Tuvimos el triste privilegio. Bajo esas condiciones que ustedes conocen el experimento tuvo éxito, pues no hubo quien pudiera oponérsele. Ni física, ni social, ni política ni ideológicamente, porque en las universidades arrasaron con todo vestigio de los pensamientos anteriores. Tenían tanto miedo a la competencia ideológica que simplemente prefirieron hacer desaparecer profesores y libros que recordaran otra época.

De esa manera el modelo chileno, como se lo llamó, fue importado; quien primero tuvo el “mérito” de utilizarlo en amplia escala fue doña Margaret Thatcher. Luego pasó a Estados Unidos con Reagan y de ahí se expandió por diversos países del Tercer Mundo y volvió a América Latina. Haciendo un recuento histórico breve, a mediados de los años ‘80 podríamos señalar un cierto orden: Bolivia, luego México y, a fines de los ‘80 y comienzos de los ‘90, Argentina, Perú y otros países en mayor o menor grado.

El modelo era conocido por nosotros, estudiantes de economía en los ‘50; habíamos leído y estudiado *Caminos de Servidumbre*, un libro muy importante de Von Hayek; habíamos conocido y estudiado la crítica a las economías extremas de mercado de los economistas de aquella época; creíamos que estaba superado todo eso. Sin embargo, las vueltas del destino son así; creo que ni el mismo Hayek pensó en aquellos años que alguna vez iba a tener un premio Nobel de economía y que sería considerado el padre de una escuela económica que se impondría de muchas formas no científicas precisamente en el mundo en una época determinada.

El neoclasicismo es la versión de la teoría económica del neoliberalismo, pues el neoliberalismo tiene un fundamento teórico económico, una escuela, pero también tiene un componente ideológico que va más allá incluso de la economía, al campo de la filosofía, de la política y de otros aspectos.

Era conocido porque en las primeras décadas del siglo XIX ya los socialistas premarxistas, socialistas ingleses muy interesantes de esa época, los socialistas utópicos, Marx, los post marxistas, todos habían hecho una crítica muy a fondo del liberalismo de aquellos años, que en esencia es el mismo fundamento que tiene el neoliberalismo actual, y que a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX era también el pensamiento único y dominante, hasta que vino la crisis del año 1929.

Pero no me quiero ir por ese camino. Defino ahora brevemente los resultados de ese modelo en Chile. La dictadura, pese a que estuvo diecisiete años, y que aplicó el neoliberalismo durante casi quince años o algo menos, terminó en un balance absolutamente fracasado, desde el punto de vista de los más rigurosos índices macroeconómicos. Desde el punto de vista del crecimiento es el más bajo respecto de las décadas anteriores; para qué hablar de la distribución de los ingresos, del nivel de vida de la gente, de la desocupación, etc., de la construcción de un

sistema productivo más poderoso. Desde todo punto de vista la economía de la dictadura fue un fracaso rotundo; si Pinochet es derrotado en el plebiscito de 1988, no sólo fue por un repudio de la gente a la dictadura como sistema político, sino que también lo repudió por los resultados económicos; tan es así que un año después, en la elección presidencial, la derecha y el neoliberalismo levantan al mejor hombre que tenían, el creador, el campeón de la economía neoliberal chilena en ese momento, Hernán Buchi, y es derrotado estrepitosamente, es repudiado por el pueblo ampliamente. El balance de la dictadura desde el punto de vista económico es simplemente desastroso.

Veamos el segundo balance, desde 1990 hasta hoy. Hay que reconocer, desde el punto de vista macroeconómico, “grandes éxitos”. Si medimos el PBI tenemos 7%, uno de los más altos indiscutiblemente de los últimos cincuenta años de la historia chilena. Crecimiento récord de las exportaciones y una balanza comercial de superávit que no se conocía antes. Un aumento notable de las reservas de divisas. Un aumento de los ingresos fiscales que permiten recuperar algunos de los elementos de la llamada “deuda social”: jubilaciones miserables, situaciones en los hospitales donde la gente tenía que llevar hasta sábanas para ser atendida, etc. Hay que partir de reconocer esos éxitos macroeconómicos de los diez años siguientes; pero desde 1994 se empieza a notar un cambio en el estado de ánimo de la gente, de la población: descontento. Algunos lo querían calificar como descontento moral, espiritual, desgano, desagrado, inseguridad. Hay un estudio del PNUD muy interesante sobre este tema que muestra ese malestar de la sociedad chilena, que está reflejado por fenómenos económicos muy concretos: el sistema ha tenido éxito pero es un sistema inseguro.

Una de las cosas que más exigen los capitales extranjeros es estabilidad, éste es el valor supremo: que la economía esté estable, pero estable para mantener el modelo y las tasas de ganancia. Pero no da ninguna estabilidad para la gran masa de la población, que no sabe cuándo va a perder el trabajo; si luego va a tener una jubilación que le permita sobrevivir; si se enferma y tiene una de esas enfermedades catastróficas, cáncer, corazón, si va a tener como pagar; que no se va a arruinar como se están arruinando muchas familias, en fin, una cantidad de fenómenos. Si esa gente va a poder superar el estrés que significa doce ó catorce horas diarias de trabajo, hasta los domingos, con una enorme parte de la población que no tiene vacaciones y que muestra un panorama sombrío.

Todo esto se empieza a agravar aún más a partir de la Crisis Asiática, que es un pretexto para echarle la culpa a alguien de afuera, pero el fenómeno y las contradicciones están adentro. Como sabemos, las semillas del fracaso están en los períodos de éxito. Mientras más brillante parece el panorama de la economía, más elementos de derrota están incubándose: eso es lo que está ocurriendo en Chile. No tenemos todavía grandes estallidos sociales como los que estamos viviendo en América Latina, en Argentina, en Brasil, en Ecuador, en casi todos los países, en

una u otra forma; pero también hay desde 1994 en Chile movimientos de protestas de los trabajadores, de los distintos sectores, de los maestros, de los trabajadores de la salud; ahora se suman los indígenas, inédito en todo un siglo, que están en un verdadero estado de levantamiento, defendiendo sus tierras, su territorio, que está siendo invadido por el proceso de transnacionalización.

El gobierno de la Concertación se reelige en diciembre en la segunda vuelta sólo porque parte de la izquierda más consecuente le da los votos para que pueda resultar elegida y rechazar la postulación de la derecha. En este momento, desde el punto de vista del apoyo real, efectivo, que mostró la elección presidencial, la Concertación perdió la mayoría. La puede recuperar y tiene que recuperarla por sí sola, porque de lo contrario la derecha, con una política demagógica extraordinariamente hábil, destinada a hacer creer que ellos representan un cambio para mejor, en circunstancias en que el propio Lavín, que es un economista liberal ortodoxo, va a seguir otro camino al que le dijo al electorado. Los electores le dieron una última oportunidad a la Concertación, pero están expectantes, están a la espera y dispuestos a luchar. Ya no se le tiene la confianza que se le tuvo en 1990/91, cuando la gente estaba dispuesta a esperar: “démosles una oportunidad, veamos los cambios, no hagamos olitas, no salgamos a las calles”, ésa era la voz de orden. Hoy día ya no: hoy son los portuarios, mañana los estudiantes universitarios luchando por las becas, pasado los pobladores que con las inundaciones se llenaron de agua porque las poblaciones se construyeron sin ningún control del estado en terrenos hundidos, etc., etc.

Lo que quiero, en resumen, es decir lo siguiente: nosotros en Chile comprendemos, como muchos en toda América Latina, que hoy en día las condiciones de un cambio social progresista son más difíciles. Tenemos que acotar las perspectivas y nuestras metas. Además tenemos que comprender los cambios que se han suscitado, que son muchos: no podemos ignorarlos, son de todo orden, en la conciencia misma de la gente. Pero además otra de las cosas fundamentales es la dimensión internacional de los problemas económicos.

La globalización está operando muy fuertemente y provocando todo tipo de fenómenos desconocidos, inéditos, que aún tenemos que ver. Entre ellos hay que señalar que la globalización está produciendo efectos muy negativos en la vida social de muchos pueblos, destruye la cultura, ataca la base de los valores en algunos países religiosos, se opone a esos valores de origen religioso, a los valores morales; destruye la convivencia familiar, destruye las fuentes tradicionales de vida, como la agricultura tradicional, los pueblos pequeños, la pequeña y mediana empresa. Todo eso está temblando, está en destrucción en muchas partes, la globalización tiende a eso. La capacidad que la tecnología da de concentrar los recursos, administrarlos a distancia, dividir y subdividir las fases de producción en infinitos procesos, subcontratar, etc., permite justamente eso, abarcar áreas en las que antes las grandes empresas no se metían. Ahora las grandes em-

presas se meten en todos los campos, en el comercio, en los servicios, en la distribución, en los bienes culturales, en el deporte, etc. Los espacios de vida tradicionales de nuestras sociedades tercermundistas están siendo destruidos, y eso está pasando también con las condiciones de vida de los indígenas. No es sólo el problema de Chile: es el problema de Bolivia, Perú, Ecuador y de muchas otras poblaciones. Ahora nos damos cuenta de que en América Latina hay millones y millones de indígenas.

Entonces hay una dimensión internacional que hay que rescatar, y felizmente nos estamos dando cuenta de esto en muchas partes, en muchos países. Hace poco estuve en Estados Unidos y pude palpar ciertos fenómenos: hay mucha gente allá que los está señalando. Hay una agitación, un malestar. Tomen nota de que la economía norteamericana ha vivido los mejores diez años de los últimos decenios, con un crecimiento espectacular, una tasa de desempleo muy baja. ¿De qué se quejan entonces? Se quejan de las mismas cosas que yo señalaba de Chile: exceso de trabajo, mercantilización, individualismo, comidas chatarra, peligros en la alimentación y en el tipo de vida. Todo eso está produciendo malestar entre mucha gente, además de la juventud de las universidades, hoy día más cultas gracias a Internet y al intercambio de conocimientos que permite que la gente se comunique, discuta. Entonces tenemos un movimiento como el de Seattle, que ha pillado de sorpresa a los grandes poderes: no se pudo hacer la sesión inaugural, tampoco la de clausura y la reunión misma fracasó porque por primera vez un buen número de gobiernos de países subdesarrollados, que hasta ahora inclinaban la cerviz al modelo transnacional, empiezan a agitarse, a decir que “no nos están tomando en cuenta, se están poniendo de acuerdo cuatro o cinco personas, Estados Unidos con la Unión Europea y nosotros qué vamos a decir aquí, a qué nos han invitado”. Hay gobiernos del Tercer Mundo que ni siquiera tienen asesores capaces de poder saber qué es lo que están discutiendo, ya que cada uno de estos convenios internacionales tienen miles de cláusulas.

Esta dimensión internacional es muy importante, el entendimiento, el debate, la acción conjunta. Celebro por ejemplo que en octubre próximo se hará la Marcha Mundial de Mujeres; que ellas no sólo están preocupadas por sus problemas específicos, también por los de todos y, con toda razón, apuntan al FMI y al BM. Hoy día en el mercado de trabajo son las que tienen más desempleo, más que los hombres, de tal manera que este movimiento, que es multivariado, en el que están ecologistas, las mujeres, los consumidores, los estudiantes universitarios, los sindicatos, etc., es una ruta que hay que transitar. Lo que hay que hacer es meterse en esa corriente y ayudar a impulsarla, de esa manera vamos a fortalecer nuestras propias capacidades para hacer los cambios que necesitamos en nuestros países.

Esta iniciativa es muy oportuna. Celebro que los economistas argentinos, que son muy capacitados, pues en este país hay un buen número de economistas no ortodoxos y otros científicos de gran nivel, reconocidos internacionalmente, hayan

tomado la iniciativa. Nosotros venimos con mucho agrado, creo que brasileños, uruguayos, de todos los países de América Latina estamos en una mayor disposición para trabajar en conjunto. Tenemos muchos temas en común. Hay urgencias, apuros y se les reclama soluciones a los científicos sociales por parte de los sindicatos y de los movimientos populares. Soluciones y propuestas frente a las crisis. En Argentina ahora hay una crisis tremenda con el sistema de la convertibilidad que ha producido efectos que ustedes conocen mejor que yo; sin embargo hay quienes quieren mantenerlo y agravarlo. La dolarización de la que también se habla en Chile es simplemente entregarle la llave de la casa a la Reserva Federal para que manejen todo. No tenemos soberanía, renunciamos a tener política monetaria, a tener política económica, renunciamos a todo, convirtámonos en un nuevo Estado Asociado. Hacia allá van las cosas y si cae Argentina vamos a caer muchos otros fácilmente. Aquí se está jugando una lucha muy importante. La actividad, el papel que pueden desarrollar los economistas, los académicos, los universitarios, los estudiantes, es decisivo, muy importante, para hacer cambiar la situación en nuestro continente.